

NIÑOS HÉROES

Diego Zuñiga

LA CIUDAD DE LOS NIÑOS

Todos recordamos la mañana en que Vergara comenzó a planificar el robo.

Ese día faltó la profesora de religión, así que a primera hora nos enviaron a la biblioteca a leer. Fue ahí cuando lo vi reunido con Manríquez y con Bennett conversando en voz baja, alejados del grupo, haciendo como que leían, pero en realidad planificaban lo que semanas después nos pedirían que hiciéramos: asaltar un banco y arrancarnos con toda la plata.

En esa biblioteca empezó todo: Vergara agarró una hoja de cuaderno y dibujó un mapa indicando los lugares estratégicos, las salidas de emergencia, los movimientos que Bennett y Manríquez debían controlar. Abajo, en un costado de la hoja, anotó nuestros nombres y nos dividió en dos grupos: los que servíamos —aquellos que guardaríamos el secreto y le juraríamos lealtad— y los que podíamos arruinarlo todo, contándole al profe Maldonado o a alguno de nuestros padres.

Yo, como podrán imaginar, quedé en el segundo grupo.

Vergara sabía que lo iban a expulsar a fin de año. Sus papás debían varios meses en el colegio —era en ese entonces uno de los más caros de Santiago— y nos había llegado el rumor de que no iba a seguir con nosotros. Fue la mamá de Tapia la que lo echó a correr. Era así esa señora: todo lo que se hablaba en las reuniones de apoderados ella lo transmitía. Sin embargo, ninguno de nosotros fue capaz de preguntarle a Vergara si era cierto eso que comentaban, si era verdad que se había tenido que ir a vivir donde su tía porque habían embargado su casa. Parece que al papá lo habían echado del trabajo y andaba prófugo, pues tenía varios cheques protestados. De hecho, se decía que le debía también a la mamá de la Jose Aguayo y que por eso ya no se hablaban.

Pero la verdad es que en ese entonces no teníamos cómo confirmar si esos rumores eran ciertos. No es que Vergara fuera el líder del curso ni mucho menos, pero le teníamos un respeto difícil de explicar.

Creo que lo respetábamos porque una vez defendió a Bennett de unos tipos de la media que le querían pegar. Fue en un aniversario del colegio. Le habíamos ganado un partido de fútbol a los del A, y entonces el arquero de ellos —un tartamudo insoportable que era casi imbatible bajo el arco— nos dijo que le iba a decir a su hermano mayor que habíamos hecho trampa y ahí se armó todo: acorralaron a Bennett fuera del colegio y le quitaron la mochila y el iPad. Cuando le iban a empezar a pegar, apareció Vergara y los encaró y quién sabe cómo pero logró recuperar las cosas de Bennett y salieron corriendo a la Dirección.

También lo respetábamos —y lo admirábamos, hay que decirlo— porque una vez le había dado un beso a la Cecilia González, que iba un curso más arriba y siempre nos ignoraba. Aunque eso, por supuesto, es otra historia.

Ya no recuerdo bien por qué nos peleamos con Vergara a principios de ese año. Creo que fue porque Pinto nos invitó a su casa, a bañarnos en su piscina, y no le avisó a él, entonces se enojó con todos los que fuimos. Pudo ser eso, no estoy seguro; Vergara era ya en ese entonces muy impulsivo y rencoroso. No perdonaba. Así de simple. Por eso, cuando supe lo que estaba planeando, entendí rápido que iba a quedar excluido del robo.

Un día se lo comenté a Manríquez en los camarines, después de educación física, cuando todos se habían ido. Le dije que yo sabía lo que estaban planificando y que si no me dejaban participar, se lo diría al profe Maldonado.

Maricón, me gritó Manríquez, agarró su bolso y se fue.

Al día siguiente, Vergara se acercó en el segundo recreo y me dijo que en la tarde, después de clases, nos juntaríamos en la casa de la Bernardita Aguilera.

Nos encerramos en la pieza de ella y nos sentamos en círculo, alrededor de Vergara. Éramos siete los que lo rodeábamos: Bennett, Manríquez, Navarro, la Bernardita, la Rosario Silva, la Flo Costello —mejor promedio del curso— y yo. Ahí, sentados en el piso, escuchamos atentos cada una de sus indicaciones, sus argumentos, los motivos por los que teníamos que asaltar el banco y luego arrancarnos con toda la plata.

El plan era simple: dos de nosotros apuntábamos a los guardias, otros dos tomaban de rehenes a las cajeras y el resto se preocupaba de retirar el dinero y facilitar la huida. Según sus cálculos, no podíamos demorarnos más de un minuto, pues las alarmas se activarían solo unos segundos después de que abriéramos la caja fuerte; entonces, al poco rato, estaríamos completamente rodeados.

Cuando Vergara terminó de hablar, la Flo Costello le preguntó cuál era el motivo real por el que haríamos todo esto.

Vergara la miró con molestia primero, y luego con una cierta desilusión: esto es una venganza contra el sistema, dijo él, pero no les puedo dar más detalles. Estoy seguro que lo entenderán.

Después de eso, por supuesto, no hubo más preguntas.

La salida sería el viernes en la mañana. Faltaban tres días. Ya estábamos listos, creo.

La tía de Vergara vivía a un par de cuadras de mi casa, por Camino Las Flores, así que cuando salimos de donde la Bernardita nos fuimos caminando juntos.

Avanzamos un par de calles y él no hablaba nada. Yo no quería pedirle disculpas, así que me mantuve en silencio también hasta que el asunto se volvió insoportable y cedí. Le pregunté si le gustaba la casa de su tía y él dijo que no, y volvió a quedarse callado. Tuve que hacer otra pregunta para que volviera a hablar, y así nos fuimos todo el camino: yo preguntaba y él respondía de mala gana, con monosílabos. El único momento en que habló un poco más fue cuando le pregunté por su papá; no sé cómo me atreví pero le pregunté si eran ciertos los rumores, y él se detuvo unos segundos, me miró como si lo hubiera insultado y me respondió que su papá se

había ido con otra mujer y que todo lo demás fue un invento de su mamá para desprestigiarlo.

Esta casa no es de mi tía, es de mi mamá, dijo él y entró al lugar, sin despedirse.

Solo tiempo después pudimos completar la historia: al papá de Vergara lo habían despedido del banco por motivos que nunca supimos; luego, su mamá se enteró de que la engañaba con una compañera de trabajo, por lo que lo echó de la casa. Y sí, también era cierto que debían muchos meses en el colegio, aunque nunca supimos muy bien por qué: su mamá era ingeniera comercial, tenía un buen trabajo, alguna vez había militado en un partido de la Concertación y eso le había solucionado la vida: era una mujer a quien las otras mamás del curso no conocían mucho, pero a la que respetaban. Sin embargo, un día dejó de pagar la mensualidad del colegio y Vergara pasó a estar condicional. Y entonces vino lo del asalto.

Conocíamos el lugar a la perfección. Lo habíamos visitado muchas veces con nuestros padres, celebramos ahí el cumpleaños de algún compañero, fuimos con amigos el fin de semana e incluso una vez habíamos ido como curso: fue en tercero básico, cuando recién lo inauguraron. El papá de Mosquera consiguió que lo abrieran exclusivamente para nosotros un miércoles por la mañana.

Creo que había sido la Jose Aguayo la que leyó en internet en qué consistía Kidzania, o tal vez fue Buschmann el que nos dijo que era el mejor lugar del mundo, según sus hermanos, que habían visitado el que hay en México. El asunto es que esos comentarios nos pusieron ansiosos. Teníamos expectativas: era la ciudad de los niños, un lugar hecho a nuestra medida, donde podríamos hacer las cosas que hacían nuestros padres y hermanos mayores: sacar dinero de un cajero automático, comer pizza cuando se nos ocurriera, ir al supermercado y comprar lo que quisiéramos, subirnos a un avión y decirle al piloto que se hiciera a un lado, que era nuestro turno de pilotear; ese tipo de cosas nos imaginamos, por lo que llegar allá y ver que todo era una mentira fue demoledor.

No solo el dinero que nos entregaban en la entrada era insuficiente, un cheque por unos pocos KidZos, sino que cuando se acababa —algo que ocurría sólo minutos después de cobrarlo—, teníamos que ponernos a trabajar para conseguir un poco más de plata, como si efectivamente fuéramos adultos.

Qué basura, me acuerdo que dijo uno de mis compañeros mientras se ponía el uniforme para ser cajero de supermercado. Era la vida, y en eso consistía el juego y la diversión de Kidzania.

Una basura, creo que repetí cuando me di cuenta de que también tendría que buscar un trabajo. El problema, claro, es que no sabía qué quería ser cuando grande, así que no tenía idea de a qué me podía dedicar. Una basura.

No sé por qué ese compañero —cuyo nombre no logro recordar— decidió trabajar como cajero. Sí me acuerdo, en cambio, de que Salinas quería ser cineasta y que lo más parecido a eso fue ponerse detrás de una cámara en el estudio de Canal 13; Navarro quería ser periodista, así que se instaló en la sala de redacción de La Tercera; Manríquez decidió ser bombero; la Carmen Barral se adueñó del micrófono en la radio Disney; Vergara optó por subirse a una ambulancia de la Clínica Alemana y ser paramédico; la Bernardita Aguilera, fanática de la Bilz, pasó todo el rato en la

embotelladora; Bennett, que siempre fue el más ambicioso del curso, encontró un lugar en la minera Anglo American; la Rosario Silva, que no se quedaba atrás en ambición, decidió seguir a Bennett; el flaco Ossa, que tenía problemas de alimentación, se inscribió en la Escuela de Gastronomía; la Flo Costello optó por ser cirujana; la Belén Castro se quedó en la Planta de Reciclaje y Pedro Mosquera, cuya autoestima era más grande que la vida, se puso frente a la cámara que manejaba Salinas y cumplió su sueño: conducir el matinal de Canal 13.

¿Y yo?

Yo seguía perdido, deambulando por la ciudad, aunque aquella caminata me sirvió mucho, pues me di cuenta de que no quería ser nada cuando grande; sin embargo, al percatarme de que todos mis compañeros ya estaban ubicados en sus puestos, vi que había un oficio que nadie eligió, por lo que me inscribí ahí, en Prosegur: primero fui vigilante de seguridad, pero luego me destinaron a manejar el camión de valores, esos que retiran el dinero en el banco y lo trasladan a distintos puntos de la ciudad o viceversa.

Creo que lo pasamos bien en ese lugar, o al menos supimos disimular el tedio en ese par de horas en que trabajamos para conseguir un poco de dinero.

Al final, ni sé en qué nos gastamos la plata. Sí recuerdo que mientras el profe Maldonado nos llamaba para formarnos y subirnos al bus, Vergara abrió una cuenta de ahorro en el banco y dejó ahí todo lo que había ganado ese día.

Voy a volver, dijo en el bus.

Y sí, volvimos ese viernes en que ocurrió todo.

Era una Bruni 9mm que su papá dejó en el garage de su antigua casa antes de irse. Vergara la escondió primero en su pieza y luego se la llevó a la casa de su tía.

Es lo máspreciado que tengo, nos dijo ese viernes cuando llegamos temprano al colegio y nos mostró la pistola. Al rato, llegaron Manríquez y Bennett y nos pasaron las otras armas: estábamos listos.

Los demás compañeros de curso que participarían en el atraco sabían perfectamente lo que tenían que hacer, por lo que solo intercambiamos saludos esa mañana. Nos sentamos bien separados en el bus que nos llevaría a Kidzania, no queríamos levantar sospechas. El trayecto era de una media hora, aproximadamente. Nos fuimos escuchando música o viendo videos en nuestros iPhone. De vez en cuando mirábamos nuestros relojes, mientras el bus bajaba hacia el Parque Araucano. Vergara se sentó en la última fila, se puso sus audífonos grandes, cerró los ojos y se fue durmiendo.

Yo creo que estaba igual de nervioso que nosotros, solo que sabía disimularlo mejor que nadie. A veces, cuando recuerdo esta historia, trato de imaginar qué habrá soñado Vergara en esos pocos minutos en los que se quedó dormido profundamente. El bus frenó con fuerza varias veces, pero ninguno de esos movimientos lo despertó. ¿A dónde se habrá ido Vergara en ese sueño? ¿Se habrá encontrado con su padre? ¿Le habrá contado que ya sabía manejar a la perfección su Bruni 9mm? ¿O le habrá pedido explicaciones?

Me gusta pensar que al menos en ese sueño breve pero intenso fue feliz. Que se sintió tranquilo, que por eso cuando despertó nos dijo que íbamos a hacer historia. Ahora sí que era, sin dudas, el líder. Lo sabía él y lo sabíamos nosotros, y no queríamos perderlo, pero a esas alturas Vergara ya era un hombre muerto. Eso lo sabía él y también lo sabíamos nosotros.

Aquella tarde en la casa de la Bernardita, cuando planificamos el asalto, creo que fue Navarro el que dijo que solo había un antecedente y que aquello, como podíamos imaginar, no había terminado bien.

Fue un asalto que había ocurrido hacía un año al camión de valores que transportaba al mediodía el dinero que sacaban de la caja fuerte del banco. Los cinco delincuentes abordaron a los dos guardias apenas metieron el dinero en el camión: los apuntaron con dos pistolas y les hicieron abrir la caja fuerte, luego dispararon un par de veces al aire y, entonces, arrancaron.

Se demoraron exactamente cuarenta y siete segundos en perpetrar el atraco, dijo Navarro, con voz seria, como si estuviera transmitiendo la noticia frente a una cámara de televisión, y agregó: alcanzaron a salir del lugar, todos completamente ilesos, pero a las pocas cuadras se toparon con una patrulla de carabineros, lo que dio inicio a un tiroteo que acabó con los cinco delincuentes detenidos.

No los quiero asustar, pero tenemos que estar preparados para todo, dijo finalmente Navarro y nos quedamos un buen rato en silencio, esperando, creo, que Vergara hablara y que nos dijera que no debíamos perder la calma, que ninguno de nosotros terminaría muerto ni en la cárcel.

Pero Vergara no dijo nada.

Fue la Bernardita Aguilera la que tomó la palabra y dijo: Compañeros —respiró hondo, varios segundos, los suficientes como para sopesar un discurso que nos remeciera—, deben saber algo importante —agregó y nos miramos todos, sabíamos que vendrían las palabras que necesitábamos oír para recuperar la confía ...